

Las paradojas de la nueva cuestión social

Alejandra Pastorini

Entendemos que la conceptualización de nueva conciencia del tiempo, típicamente moderna, nos ilumina para desatar el nudo de la cuestión social y nos permite romper con la dualización antiguo/nuevo, ya que la forma de estructurarse la conciencia del tiempo, que refiere a una manera de relacionar el pasado-presente-futuro, dará lugar a una concepción de historia abierta hacia el futuro. De esta forma se rompe la antigua concepción de mundo cerrado y se pasa a distinguir el pasado, el presente y el futuro, que al mismo tiempo se encuentran interrelacionados entre sí.¹

Pero, como ya indicamos, la novedad no es completamente nueva, sino que tiene que ver con el pasado, con las tradiciones, con la herencia, con las instituciones y las prácticas. No se puede escindir el pasado y el presente; ambos se iluminan mutuamente en el análisis; es por eso que por medio del análisis crítico de las tradiciones, de las prácticas, etcétera, es que podremos conservarlas como forma de sacar de ellas su espíritu y su lógica para cambiar su forma, pensando en un horizonte abierto al futuro. Por eso compartimos la idea que *“la ruptura pasado-presente es una expresión de la conciencia moderna, en el sentido en que la forma de apelar a lo moderno ha perdido sus referencias históricas (...). Por lo tanto, cada so-*

iedad debe repensar su historia, poner a discusión su pasado, de una forma no binaria, rompiendo el silencio de las contradicciones existentes en él, cuestionando la inquestionada continuidad de sus tradiciones”. (Matus, 1997: 19)

Esto implica rescatar la importancia que tiene la relación del presente y futuro para comprender el pasado, así como también la relevancia del pasado y del presente, que iluminan el futuro. Por lo tanto, es de máxima importancia someter a la discusión y a la crítica las tradiciones y el pasado con el objetivo de hacer emerger las contradicciones que se encuentran ocultas ahí. Para eso es necesario analizar el pasado con nuevas categorías, ya que *“el horizonte de expectativas determinadas por el presente, abierto al futuro, orienta la forma cómo nos apoderamos del pasado”* (Habermas, 1990: 24); se trata de reinterpretar la historia rompiendo con la historia oficial. Volver al origen y decir lo que nunca fue dicho; así podremos develar la novedad y la originalidad.

Tomamos como punto de partida la idea de que en la mayoría de los análisis referidos a la cuestión social la originalidad no se

ALEJANDRA PASTORINI

Asistente Social Universitaria, Master en Servicio Social y Doctora en Servicio Social (Universidad de la República – Universidad Federal de Rio de Janeiro).

Profesora de la Escuela de Servicio Social de la Universidad Federal de Rio de Janeiro, Brasil.

¹ Callinicos entiende que *“esta orientación hacia el futuro presupone la formulación de aquello que Hans Blumengerg llama ‘el concepto de realidad de contexto abierto’ desarrollado de manera especial por los pensadores de la revolución científica del siglo XVII quienes, por su intermedio, rompieron con la concepción antigua y medieval de un mundo cerrado y finito. Según Blumengerg, el ‘concepto de realidad’ de la filosofía moderna, esto es, posrenacentista, ‘legítima la calidad de lo nuevo, de lo sorprendente y desconocido, tanto en la teoría como en la estética’.”* (Callinicos, 1993: 71)

encuentra presente a pesar de referirse a la existencia de una “nueva” cuestión social que, al entender de algunos autores, sería consecuencia de las transformaciones sociales más amplias. Nuestros esfuerzos se concentrarán aquí en indicar algunos elementos que nos permitan analizar la cuestión social contemporánea a partir de otra lógica, con la intencionalidad de captar la procesualidad de esa problemática sin perder de vista el movimiento de la realidad.

1. La cuestión social y el tiempo

Las intensas y aceleradas transformaciones societarias que repercuten en la totalidad de la vida social, llevan a algunos autores a pensar que nos encontramos frente a una “nueva” sociedad, con “nuevos” actores sociales, que ponen en práctica “nuevas” formas de participación política, con la intencionalidad de dar respuesta a las “nuevas” problemáticas y a la “nueva” pobreza, elementos constitutivos de la “nueva” cuestión social.

Esas transformaciones nos están indicando que la realidad cambia permanentemente. Así, captar el movimiento de la realidad y ver los procesos sociales históricamente, implica conocer las múltiples determinaciones y relaciones de esa totalidad viva, dinámica y contradictoria. Pero, al mismo tiempo, se requiere captar el carácter discrepante del todo y hacer emerger las contradicciones, o sea, se trata de develar las contradicciones, lo que no significa otra cosa que mostrar el carácter contradictorio del todo social. Por lo tanto, no se trata de descubrir lo nuevo, la novedad en sí misma no nos dice nada, no interesa ya que está destinada a transformarse en su contrario. De esta forma, además de descubrir las novedades, se torna necesario conocer aquellos trazos que permanecen durante el transcurso del devenir histórico en determinados contextos. O sea cómo el pasado está presente hoy proyectado hacia un futuro abierto que ya ha comenzado.

Pensar así es posible gracias a la existencia de una nueva conciencia del tiempo, típicamente moderna, abierta al futuro indefinido. Tal como dice Habermas, esto implica *“la conciencia de una época que se mira a sí misma en relación con el pasado, consi-*

derándose resultado de una transición desde lo viejo hacia lo nuevo”. (1993: 131) La idea de ser modernos, vinculada a los ideales iluministas, está condicionada por la confianza en la ciencia, en un progreso infinito del conocimiento y un ilimitado mejoramiento social y moral. De esta forma vemos que la división entre pasado, presente y futuro, no es natural sino que es construida históricamente, mientras que su relación es la marca distintiva, como ya dijimos, de una actitud moderna. Esta nueva noción de tiempo, o esta conciencia del tiempo, es un elemento clave que nos permite establecer los vínculos entre lo viejo y lo nuevo.

En ese mismo sentido, entendemos que es necesario cuestionar la división que se realiza entre antigua y nueva cuestión social, ya que de cierta manera esa forma de analizar la cuestión social, produce una ruptura en el tiempo que conduce a la cristalización y naturalización de las categorías y de la realidad.

Con relación a la cuestión social vemos cómo esa exaltación de lo “nuevo” en oposición a lo “antiguo” hace perder de vista la procesualidad de los hechos, o sea, cómo ese énfasis colocado en la “novedad” no permite comprender las continuidades y las rupturas, así como tampoco posibilita ver aquellos elementos que se repiten y que permanecen presentes a lo largo de la historia y aquellos otros que cambian acompañando el ritmo de las transformaciones societarias.

Nuestro trabajo se encuentra orientado por la idea de que es necesario descubrir en lo más nuevo lo que hay de idéntico (aquello que permanece), ya que se es nuevo con relación a algo (a lo no nuevo), por lo tanto, lo más nuevo debe ser explicado con relación a lo anterior. Al mismo tiempo no podemos olvidarnos que será la realidad contemporánea la que nos dará luz para comprender el pasado aún vigente.

El problema es el siguiente: los acelerados cambios en las coordenadas de tiempo y espacio hacen a las personas sentir que se encuentran en un remolino, tal como dice Berman, que al mismo tiempo que les promete aventura, poder y alegría, los amenaza con destruir todo lo que tienen, lo que saben y lo que son. La modernidad trata de un universo en el cual, como entendió Marx,

todo lo sólido se desvanece en el aire. De esta forma *“quienes están en el centro del remolino tienen el derecho de sentir que son los primeros, y quizás los únicos, que pasan por él: ese sentimiento produjo numerosos mitos nostálgicos sobre el premoderno Paraíso Perdido. Sin embargo, incontables personas lo padecen desde hace unos quinientos años”*. (Berman, 1993: 67) Recordemos que la marca distintiva de lo moderno es lo “nuevo”, que es superado y condenado a ser obsoleto.²

Para comprender ese movimiento y el progreso (como mejoramiento humano) es necesario romper con los dualismos antes/ahora, pasado/presente, antiguo/nuevo, hecho que no implica desconocer las especificidades de cada momento histórico y de cada contexto social. Eso sólo será posible si el análisis no es orientado por categorías opuestas de forma binarias, de esa manera podremos percibir las transformaciones sociales históricamente, sin cortes temporales fijos. Esto implica pensar otra relación temporal específica, que haga referencia a un pasado que sobrevive al tiempo y que se encuentra contenido en el presente (transitorio) y, al mismo tiempo, un futuro (en abierto e indeterminado) que va a contener simultáneamente el presente y el pasado.

Como dice Callinicos (1993: 71-72), la concepción de la modernidad, orientada al futuro en lugar de al pasado, exige concebir el desarrollo del tiempo como algo que registra no la decadencia de un mundo condenado, ni la eterna repetición cíclica de lo mismo, ni el camino de la voluntad divina, sino el continuo mejoramiento de la condición humana gracias al desarrollo y la difusión del conocimiento científico. De esta forma, la defensa de la razón se transforma en la defensa de una historia que podría llamarse verdadera, donde los hombres se liberan de

los obstáculos al cambio, impuestos especialmente por el clero y las tradiciones (sacralizadas y cristalizadas), y hacen su historia, la historia de los hombres, en permanente diálogo con el pasado para conducirse racionalmente hacia un futuro.

Esta concepción de tiempo y de historia refleja el interés de romper con un pasado (con la función normatizadora de las tradiciones) y de apropiarse intelectualmente del presente, para construir un futuro. Esto significa pensar la historia como “historicidad” (como descubrimiento y conquista).

Volviendo a la cuestión social, es necesario decir que no se trata de escribir la historia de la cuestión social, sino pensarla históricamente. Eso implica ver el desarrollo histórico como un proceso contradictorio y no lineal, que nos permita captar la procesualidad social y el movimiento de la realidad, dejando de lado las visiones cerradas que orientan y conducen a esquemáticos análisis que nos llevan necesariamente a pensar en períodos cronológicos rígidamente fijados, donde existe una sucesión de acontecimientos históricos, sin que se haga presente una interrelación y un diálogo entre todos ellos, donde cada momento es visto como la superación del anterior. De esa forma el pasado es pensado como una realidad “muerta” trancada en los museos, como si fuera posible escindir el presente del pasado y comenzar cada nuevo momento partiendo de cero.

Lo anteriormente expuesto no puede llevarnos a pensar que no se requiere ni de periodizaciones ni de contextualizaciones. Muy por el contrario, es necesario una diferenciación entre una coyuntura o época y otra, donde los episodios sean vistos como heterogéneos entre sí, sobredeterminados por múltiples y variados factores políticos, económicos, sociales, culturales, etcétera.³

² *“La marca distintiva de lo moderno es ‘lo nuevo’, que es superado y condenado a la obsolescencia por la novedad del estilo que lo sigue. Pero, mientras que lo que es meramente un ‘estilo’ puede pasar de moda, lo moderno conserva un lazo secreto con lo clásico (...). Todo lo que sobrevive al tiempo llega a ser considerado clásico. Pero el testimonio verdaderamente moderno no extrae su classicidad de la autoridad pretérita, sino que se convierte en clásico cuando ha logrado ser completa y auténticamente moderno. (...) Y la relación entre ‘moderno’ y ‘clásico’ ha perdido así una referencia histórica fija”*. (Habermas, 1993: 132).

³ Matus analizando el proceso de emergencia acerca de lo moderno, estudio que nos ilumina aquí, dirá que en cada sociedad adquiere una determinada configuración y expresión. Entenderá, haciendo suyas las palabras de Brunner que *“la construcción característica de la modernidad en cada sociedad delata, por un lado, esos arrastres y herencias de las historias nacionales y, por el otro, una particular conformación de esas redes institucionales y de experiencias concretas que aquellos núcleos hacen posible por su específico ensamblamiento de tiempo y lugar”*. (Matus, 1997: 13)

Es común encontrarnos con trabajos elaborados por algunos estudiosos del tema donde se hace referencia a la *existencia de una nueva cuestión social* que dataría de la segunda mitad del siglo XX, caracterizada, según estos autores,⁴ por una serie de fenómenos nuevos (crecimiento de la desocupación, nuevas formas de pobreza, nueva exclusión social, etcétera) esencialmente diferentes a los precedentes que marcan una ruptura en el tiempo con el período industrial.

Vemos cómo la mayoría de estos autores colocan el énfasis de sus trabajos en el análisis de la diferencia entre la antigua y la nueva cuestión social, e insisten en evidenciar las novedades que esta nueva época trae, como una forma de testimoniar la crisis que la sociedad vive, la que dará lugar a una nueva era (posindustrial).

Pero el entusiasmo por oponerse a esa forma de pensar la cuestión social contemporánea como novedad absoluta ha creado algunas dificultades analíticas importantes.

Por un lado, algunos estudiosos cuando intentan romper con el análisis dualista que conduce a pensar la cuestión social, apoyados en el binomio antigua/nueva son llevados a entender que *la cuestión social siempre existió*. Según estos pensadores, haciendo referencia al caso de América Latina, la cuestión social se funda en las formas y contenidos asimétricos asumidos por las relaciones sociales (en sus variadas dimensiones: económicas, políticas, religiosas, culturales, raciales, etcétera) desde el período de la colonización. O sea, sería el conjunto de desigualdades e injusticias sociales que tienen su punto de arranque 500 años atrás (con el descubrimiento y posterior colonización europea), y que con el pasar del tiempo fue adquiriendo modalidades variadas.⁵

Por otro lado, puede conducir a la idea de que *cuestión social siempre existirá*. Partiendo del presupuesto que determinadas problemáticas sociales como pobreza, hambre, sufrimientos físicos, indigencia, desigualdades de género y raza, etcétera, son problemas milenarios, que muchos de ellos pueden ser solucionados mediante medidas heterogéneas; se entenderá que la promesa de resolución en su totalidad y para siempre es falsa y carece de realismo. (Heller y Fehér, 1998) De esta forma parecería que existe y que existirá un proceso interminable, una continua creación de cuestiones sociales. Cada vez que una cuestión social es solucionada, al mismo tiempo crea la precondición para el nacimiento de otra y así sucesivamente.

No se trata de negar el uso de los términos antigua y nueva para hacer referencia a la cuestión social. El problema no radica apenas en el uso de las palabras, sino también y principalmente en las proposiciones teóricas que ellas contienen y en las implicaciones políticas que tienen (la idea de historia, de cambio, de los actores sociales, por ejemplo).

Se hace necesario buscar otra manera de relacionar ambos términos, con vistas a la conservación del movimiento y de la procesualidad, o sea, otra forma que nos permita pensar en este caso la cuestión social sin verla ni como novedad absoluta, ni como un conjunto de problemáticas que siempre existieron y/o que siempre estarán presentes, aunque de forma metamorfoseada. Se trata de basarnos en una lógica que los contenga a ambos y que nos permita encontrar lo que permanece en lo nuevo. Ya que como dice Adorno *"el pensamiento nunca puede experimentar lo nuevo como nuevo: sólo aquel que reconoce en lo más moderno aquello siempre idéntico sirve a lo que puede ser diferente"*. (Matus, 1997: 22)

Entendemos que sólo develando aquellos trazos constitutivos de la cuestión social, elementos que atraviesan los diferentes mo-

⁴ Esta postura puede ser encontrada en textos como por ejemplo: Commaille, 1997; Rosanvallon, 1995.

⁵ Un ejemplo que puede ser colocado aquí es el de Wanderley, que tomando como punto de partida la definición de cuestión social de Castel sustenta que *"la cuestión social fundante, que permanece vigente bajo formas variables en estos 500 años, desde el descubrimiento hasta nuestros días, se centra en las extremas desigualdades e injusticias que reinan en la estructura social de los países latinoamericanos, resultantes de los modos de producción y reproducción social, de los modos de desarrollo, que se formaron en cada sociedad nacional y en la región en su totalidad compleja"*. Agregando que *"seminalmente ella va a emerger como el tema indígena y después con el*

tema de la formación nacional, que posteriormente se irá desplegando y problematizando en las temáticas negra, rural, obrera, de la mujer". (Wanderley, 1997: 56-57 y 60)

mentos históricos y las variadas coyunturas sociales, o sea conociendo y haciendo visible aquello que es “eterno”, es que podremos realmente diferenciar y comprender en qué consiste la novedad de la cuestión social. Novedad que nunca será absoluta porque, por un lado, como fue dicho anteriormente, sólo es posible ser diferente con relación a un otro, y por otro lado, porque cuando creemos haber captado la novedad, ella se transforma nuevamente.

Por eso entendemos que, para pensar la cuestión social en los umbrales del siglo XXI, no es de mucha utilidad el recurso de oponerla a una supuesta “antigua” cuestión social, como algunos autores piensan, y a partir de ahí hablar de la existencia de una “nueva” cuestión social. A pesar de concordar y de reconocer que existen nuevos elementos y nuevos indicadores sociales que podrían llevarnos a pensar que ella es nueva, preferimos apoyarnos en la hipótesis de que se trata de una nueva versión o de una nueva configuración de la cuestión social, ya que los trazos esenciales de su origen se mantienen vigentes, no desaparecieron.

Pero ¿en qué consistiría esa nueva forma de manifestarse la cuestión social?

Para dar respuesta a esa interrogante será necesario retornar al origen⁶ que nos permitirá interpretar lo nuevo iluminado por su propio origen, lo que implica un diálogo permanente entre pasado y presente, relacionados dialécticamente. De esta forma podremos develar las contradicciones que ahí están presentes y se revelan ante nuestros ojos como un acontecimiento inédito.

Es necesario un análisis diferente al ya realizado que nos posibilite “reescribir la historia”, estableciendo nuevas relaciones entre el pasado y el presente. Así seremos

originarios (en el sentido benjaminiano del término) siempre que volvamos al origen, ya que “*lo originario no se da nunca a conocer en el modo de existencia bruto y manifiesto de lo fáctico, y su ritmo se revela solamente a un enfoque doble que lo reconoce como restauración, como rehabilitación, por un lado, y justamente debido a ello, como algo imperfecto y sin terminar, por otro*”. (Benjamin, 1990: 28-29) O sea, esa vuelta al origen no implica solamente un retorno a las fuentes sino, al mismo tiempo, una transformación del presente. (Gagneben, 1994: 2-35)

Esto nos desafía a repensar la cuestión social, a cuestionarnos la historia oficial de la cuestión social, y hacer surgir lo originario, lo auténtico de este fenómeno, su singularidad.

A pesar de reconocer que existen diferentes versiones de la cuestión social, que van acompañadas de respuestas heterogéneas por parte de la sociedad en el transcurso de la historia, no podemos dejar de indicar algunos elementos que particularizan este fenómeno: 1. En primer lugar, remite a la relación capital/trabajo, sea vinculada directamente con el trabajo o con el no trabajo. 2. La atención de la cuestión social se vincula directamente a aquellas problemáticas y grupos que pueden colocar en peligro el orden socialmente establecido y la cohesión social. 3. Es una manifestación de las desigualdades y antagonismos imbricados en las propias contradicciones de la sociedad capitalista. Estos elementos se muestran como los principales trazos constitutivos del denominador común entre todas sus variantes.⁷

De esta forma, destacando lo que es esencial a este fenómeno, nos enfrentamos con el desafío de aprehender la dinamicidad y el movimiento de los procesos sociales y, específicamente, de la cuestión social. Esto implica, como ya dijimos, conocer y diferenciar, ya que sólo si reconozco los trazos comunes y concibo las diferencias voy a conseguir develar la totalidad, la unidad (de la diversidad).

⁶ Es interesante recordar aquí la distinción que Benjamin hace entre génesis y origen. La *génesis* refiere, según este autor, al inicio del desarrollo histórico, sea entendido como la creación de Adán o la aparición de la vida en la tierra. Y dirá, refiriéndose al origen que, “*aun siendo una categoría plenamente histórica, no tiene nada que ver con la génesis. Por ‘origen’ no se entiende el llegar a ser de lo que ha surgido, sino lo que está surgiendo del llegar a ser y del pensar. El origen se localiza en el flujo del devenir como un remolino que engulle en su ritmo el material relativo a la génesis*”. (Benjamin, 1990: 28)

⁷ Para profundizar sobre esos trazos que se encuentran presentes en las diferentes versiones de la cuestión social, ver Pastorini, 1998: 14-15.

Se trata de repensar la historia oficial, las tradiciones, lo dicho, decir lo que nunca fue dicho, contar la historia que nunca fue contada y, en definitiva, hacer historia; tal como dice Benjamin, *“la verdad no es un desvelamiento que anula el secreto, sino una revelación que le hace justicia”* (1990: 13), justicia a la realidad.

2. El tiempo y la historia

Para pensar la cuestión social históricamente es necesario romper con las constataciones vacías, con la enumeración de hechos, ya que ellos no hablan por sí solos. La historia en sí no tiene sentido, sino aquel que los hombres, en los diferentes momentos y coyunturas, le confieren. El sentido no está presente en los acontecimientos históricos, trasciende a los hechos.

Estamos pensando la historia en un sentido, podríamos decir, opuesto a la historia positivista, que pretendiendo ser objetiva termina reduciendo la historia a una mera sucesión cronológica de hechos pasados, a un anecdotario.

Haciendo referencia específicamente a la cuestión social, entendemos que no se puede pensar el tiempo homogéneo y vacío, con una aceleración constante y con un horizonte predefinido, ya que de esa forma la historia viva no tiene sentido, y como dice Löwith, de esa forma *“somos transportados a un vacío que sólo la esperanza y la fe [en el progreso] pueden llenar”*. (Löwith, 1991: 17)

De esta forma neutralizando y cristalizando el tiempo (al ser pensado como vacío y homogéneo), no se hace otra cosa que terminar con el movimiento de la propia realidad, inmovilizando la totalidad social y viendo pasar la historia linealmente (positivizada), a través de un sucesión de hechos y de datos sin diálogo con el pasado. O sea, la idea positivista de historia no da lugar a las contradicciones, ya que se fundamenta en una idea de progresión temporal hacia una meta final en el futuro.

Por el contrario, se requiere pensar la cuestión social orientados por una idea de tiempo que podríamos llamar histórico, que refiere a una *“temporalidad compleja y diferencial, en la que los episodios o épocas eran discontinuos entre sí y heterogéneos en*

sí”.⁸ De esta forma entenderemos el desarrollo histórico como un proceso contradictorio y no lineal, que tiende al mejoramiento humano y no a la eterna repetición (idea de la circularidad de la historia).

Por eso tampoco juzgamos que sea pertinente analizar la cuestión social asociada a la idea de crisis, períodos en los que florecería el conjunto de problemáticas societarias denominada como cuestión social, apoyados en una visión del mundo condenado a la decadencia. Así la nostalgia por un pasado (el paraíso perdido), presiona en el presente para la búsqueda de estabilidad frente a un futuro amenazado por la inseguridad y por las incertezas. Esa visión “pesimista” y conservadora del mundo, lleva a la idea de que nada se puede hacer para cambiar, y que sólo resta tener fe y esperanza, transformando la historia de los hombres en historia de la salvación, y/o retornando a formas de sociabilidad precapitalistas (sociedades comunitarias) como alternativa para curar los males que padece la sociedad.

Para pensar la cuestión social históricamente es necesario reinterpretar el pasado, decir lo que no fue dicho, escuchar las voces no escuchadas, romper con las tradiciones y con la forma tradicional de concebir el pasado, en definitiva, repensar la historia oficial de la cuestión social. Marx criticando la historiografía dirá que *“cuando surge la escritura, la crónica o el monumento son colocadas en la sombra las realidades macizas, en la historiografía, en favor de individuos, de minorías, de mitos. Gran problema: la nudez de los hechos que podemos captar en la*

⁸ Como dice Perry Anderson, esto denota un tiempo histórico *“en que cada momento es perpetuamente diferente de los demás por el hecho de estar próximo, pero -por la misma razón- es eternamente igual como unidad intercambiable en un proceso que se repite hasta el infinito”*. Esta concepción de tiempo debe ser diferenciada de aquella que lo piensa como rectilíneo, como *“un proceso de flujo continuo en el que no hay una auténtica diferenciación entre una coyuntura o época y otra, a no ser en términos de una mera sucesión cronológica de lo viejo y de lo nuevo, lo anterior y lo posterior, categorías sujetas a una incessante permutación de posiciones en una dirección, a medida que pasa el tiempo y lo posterior se convierte en lo anterior y lo nuevo en lo viejo”*. (Anderson, 1993: 98)

prehistoria (...) nos ilumina insuficientemente; pero el testimonio humano, luego que surge, nos engaña o se engaña". (Vilar, 1983: 101)

De lo anterior se desprende la necesidad de someter a la discusión y a la crítica el pasado, como forma de librarse de la continuidad de las tradiciones, lo que nos permitirá romper con la historia oficial y reescribir la historia de los hombres en un permanente diálogo con el pasado, no en sentido cronológico sino como un referente. Como dice Marx, representar esos hombres como los autores y los actores de su drama.

Si entendemos la realidad como una totalidad en movimiento, ella sólo puede ser entendida en la medida en que se capture ese movimiento, lo que implica captar el proceso histórico, pero no pensado linealmente (como cortes temporales: pasado, presente, futuro), ni como una sucesión de hechos, sino en una relación dialéctica, de continuidades y rupturas entre pasado y presente. donde ambos se iluminan mutuamente. Ya que al pensar el presente estamos obligados a repensar el pasado, por lo tanto nos encontramos forzados a buscar y rebuscar continuidades, rupturas e innovaciones. (Tanni, 1996: 8)

El diálogo con el pasado no implica rescatar el poder que éste ejerce sobre el presente, sino por el contrario, está haciendo referencia a una deuda del presente con el pasado. Como dice Habermas en **Identidades Nacionales y Posnacionales**: *"las catástrofes de este siglo han introducido un nuevo cambio en esta conciencia del tiempo, ahora nuestra responsabilidad se hace extensiva incluso al pasado, éste no puede aceptarse simplemente como algo fáctico y acabado. Es cierto que no podemos reparar el sufrimiento pasado, ni reparar las injusticias que se hicieron a los muertos, pero sí poseemos la fuerza de un recuerdo expiatorio. Sólo la sensibilidad frente a los inocentes torturados de cuyas herencias vivimos es capaz también de generar una distancia reflexiva respecto de nuestra propia tradición y a las terroríficas ambivalencias de las tradiciones que han configurado nuestra propia identidad". (Matus, 1997: 19)*

No se trata simplemente de buscar los culpables, lo que se trata es de explicar los motivos de los fracasos y de los éxitos. Esto

implica reinterpretar la historia, reescribirla, ya que cada generación es responsable por el destino de las generaciones futuras, pero al mismo tiempo existe una deuda con las generaciones pasadas, como dice Benjamin: las demandas que los muertos hacen a las generaciones vivas.

3. Repensando la novedad concluimos

Generalmente, analizar la cuestión social, contraponiendo lo antiguo y lo nuevo, conduce a los autores a resaltar lo nuevo y a pensar el hoy como total novedad, como un espacio totalmente nuevo, esencialmente diferente del antiguo (ejemplos típicos: la exclusión social, las nuevas desigualdades sociales, etcétera), hecho que dificulta, de cierto modo, por un lado, conseguir explicar el porqué de la permanencia de algunos elementos que atraviesan diferentes momentos históricos, y por otro, pensar soluciones para los "viejos" problemas que todavía hoy no fueron resueltos. Frente a esto se nos presenta la siguiente interrogante: ¿esta no será -aunque no intencionalmente- una manera de evitar enfrentar los reales problemas (injusticias, desigualdades y antagonismos sociales) que permanecen presentes desde hace por lo menos dos siglos?

Esto tampoco implica desconocer la novedad, es necesario buscar los vínculos de la totalidad, pero sin desconocer y sin anular las diferencias. Esto es posible si volvemos al origen, dándole un sentido a la historia ya que los datos no hablan por sí solos. Dirá Hobsbawn *"se trata de comentar, ampliar (y corregir) nuestras propias memorias. Y hablamos como hombres y mujeres de determinado tiempo, involucrados de diversas maneras en su historia como actores de sus dramas -por más insignificantes que sean nuestros papeles-, como observadores de nuestra época e, igualmente, como personas cuyas opiniones sobre el siglo [XX] fueron formadas por lo que vinimos a considerar acontecimientos cruciales. Somos parte de este siglo". (Hobsbawn, 1996: 13)* Se trata entonces de analizar nuevamente lo sucedido con nuevas categorías como forma de develar lo nunca develado; se trata de hacer uso de la historia, para hacer historia.

Sólo es posible captar la novedad de la cuestión social, cosa diferente a decir que ella

es nueva, manteniendo un diálogo fluido con el pasado. Entendemos que cuando entramos en el origen no existe forma de no ser original, ya que implica una vuelta a las raíces para que pueda nutrirse y renovarse. (Berman, 1993: 89) La vuelta al origen permite pensar críticamente la "historia oficial", reverla, reinterpretarla, como forma de pensar (iluminar) el presente con vistas al futuro, pero también es necesario preguntarnos sobre el narrador de esa historia.⁹

Tampoco podemos perder de vista el carácter transitorio de lo nuevo, condenado a ser obsoleto, en última instancia lo que hoy es nuevo mañana será viejo, y tendremos que llamarlo de post nuevo o similar.

Como entiende Gagnebin *"lo nuevo, por definición, está destinado a transformarse en su contrario, en lo no nuevo, en lo obsoleto y, consecuentemente, lo moderno designa un espacio de actualidad cada vez más restringido. En otras palabras, lo moderno queda rápidamente antiguo, la línea de demarcación entre los dos conceptos, otrora tan clara, está cada vez más difusa. Al definirse por la novedad, la modernidad adquiere una característica que al mismo tiempo la construye y la destruye"*, (1997: 143) lo mismo podría decirse de la cuestión social.

Entonces, para dar un tratamiento adecuado a la problemática de la cuestión social no es posible apoyarnos en categorías opuestas binariamente, como es el caso de la distinción entre antigua y nueva cuestión social, sino por el contrario, se requiere pensar la nuevas manifestaciones de la cuestión social contemporánea a la luz de su origen. Esto nos permitirá ver lo nuevo relacionado íntimamente con aquellos trazos que permanecen en el transcurso de la historia, ver la diversidad (lo original) en la unidad que constituye la cuestión social.

Por eso los términos antigua y nueva utilizados para adjetivar a la cuestión social no son criticados en sí mismos, sino que nuestro cuestionamiento se dirige a la forma cómo ellos son utilizados y pensados. Siempre que sean entendidos como procesos contradictorios y no como polaridades, ayudan a develar y a iluminar la realidad. Esto implica orientar nuestros análisis con la lógica del "y", como dice Anderson (1993) y no por la lógica del "o", hecho que significa pensar que las cosas pueden ser y no ser al mismo tiempo, o sea, pensar los procesos sociales como totalidades contradictorias en constante movimiento.

⁹ Haciendo referencia a la aniquilación de la memoria histórica Hobsbawn dirá que *"la destrucción del pasado -o mejor, de los mecanismos sociales que vinculan nuestra experiencia personal a la de las generaciones pasadas- es uno de los fenómenos más característicos y más lúgubres de fines del siglo XX. Casi todos los jóvenes de hoy crecen en una especie de presente continuo, sin cualquier relación orgánica con el pasado público de la época en que viven"*. (Hobsbawn, 1996: 13)

Bibliografía

- ANDERSON, Perry: "Modernidad y Revolución". En Casullo, *El debate modernidad posmodernidad*, Ed. El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1993.
- BENJAMIN, Walter: *El origen del drama barroco alemán*, Taurus Humanidades, Madrid, 1990.
- BERMAN, Marshall: "Brindis por la modernidad". En Casullo, *El debate modernidad posmodernidad*, Ed. El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1993.
- CALLINICOS, Alex: *Contra el posmodernismo. Una crítica marxista*, Ed. El Áncora, Bogotá, 1993.
- COMMAILLE, Jacques: *Les nouveaux enjeux de la question sociales*. Hachette, París, 1997.
- GAGNEBIN, Jeanne Marie: *História e narração em Walter Benjamín*, Unicamp, San Pablo, 1994.
- *Sete aulas sobre linguagem, memória e história*, Imago, Rio de Janeiro, 1997.
- HABERMAS, JÜRGEN: *O discurso filosófico da modernidade*. Nova Enciclopédia, Lisboa, 1990.
- "Modernidad: un proyecto incompleto". En Casullo, *El debate modernidad posmodernidad*, Ed. El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1993.
- HELLER, Agnes y FEHÉR, Ferenc: *A condição política pós-moderna*, Civilização Brasileira, Rio de Janeiro, 1998.
- HOBBSAWN, Eric: *Era dos extremos. O breve século XX 1914-1991*, Companhia das Letras, San Pablo, 1996.
- IANNI, Octavio: *A idéia de Brasil moderno*, Brasiliense, San Pablo, 1996.
- LÖWITH, Karl: *O sentido da história*, Edições 70, Lisboa, 1991.
- MATUS, Teresa: "La modernidad como impulso y aguijón", UFRJ, Rio de Janeiro, 1997 (mimeo).
- PASTORINI, Alejandra: "A perda da dimensão histórico-dialética nas anáclises da questão social", UFRJ, Rio de Janeiro, 1998 (mimeo).
- ROSANVALLON, Pierre: *La nueva cuestión social - Repensando el Estado providencia*, Manantial, Buenos Aires, 1995.
- VILAR, Pierre: "Marx e a história". En Hobsbawn, *História do Marxismo Vol. I - O Marxismo no tempo de Marx*, Paz e Terra, San Pablo, 1983.
- WANDERLEY, Luiz Eduardo: "A questão social no contexto da globalização: o caso latino-americano e o caribenho". En Belfiore-Wanderley, *Desigualdade e a questão social*, EDUC, San Pablo, 1997.

Resumen

El mundo cambia a pasos agigantados, el tiempo se acelera, existe una nueva conciencia del tiempo que nos desafía a pensar y repensar nuevamente las problemáticas sociales presentes. Los intelectuales, en afán de ser "modernos", formulan nuevas interpretaciones, renuevan otras ya existentes y reciclan explicaciones antiguas pintándoles la fachada. Pero la originalidad no siempre se hace presente. Sólo podremos ser originales en el momento de analizar las disyuntivas presentes, volviendo al pasado para poder proyectarnos hacia un futuro indeterminado, con una actitud de rebeldía con relación a la normatividad y a las tradiciones que nos aprisionan.

Tomando como punto de partida la premisa de que los nuevos fenómenos no son totalmente nuevos, a pesar de que algunos de ellos tengan dimensiones o manifestaciones diferentes a las que tenían anteriormente, pretendemos develar en qué consiste la tan invocada novedad centrando nuestra atención en la problemática de la cuestión social.